

EL SIGLO ILUSTRADO



CAUTERETS.

PRECIOS EN MADRID.

4

En la Administración. — Un mes, 2 rs. — Tres, 6. — Seis, 12. — Un año, 24.
 En las Librerías. — Un mes, 2 1/2 rs. — Tres, 7. — Seis, 14. — Un año, 28.
 En Ultramar y Extranjero. — Bien se haga la suscripción en la Admon. ó Librería; Tres meses, 24 rs. — Seis, 44. — Un año, 80. cuartos número suelto.

NÚMERO 10.º

Madrid 21 Julio 1867.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

En la Administración. — Un mes, 2 1/2 rs. — Tres, 7. — Seis, 14. — Un año, 28.
 En las Librerías. — Un mes, 3 rs. — Tres, 9. — Seis, 18. — Un año, 30.
 Se suscribe en la Admon., calle de San Pedro, núm. 16, y en las principales librerías del reino y extranjeras.

5 cuartos.

Número suelto.

ADVERTENCIAS.

Suplicamos á nuestros suscritores de provincias, cuyo abono termina en 1.º de Agosto, lo renueven cuanto antes, sino quieren sufrir retraso en el recibo del periódico. A los corresponsales y librerías de provincias les advertimos se fijen en la variación de precios, que van estampados á la cabeza del número.

Se advierte á las personas que tenían hechos pedidos de los magníficos grabados que ya han

llegado á esta Administración que pueden pasar á recogerlos, previo abono de 20 rs.

El Sr. D. Luis Rivera ha dejado de pertenecer á la Redacción de EL SIGLO ILUSTRADO.

CAUTERETS.

Cauterets es una pequeña villa de 1,500 habitantes; pertenece al canton de Argeles, en los Altos Pirineos. Lo pintoresco de su paisaje, la be-

lleza de las masas de agua que se precipitan por entre las inmensas quebraduras de sus agrestes montañas y las poéticas leyendas que guarda la tradición, han llamado más de una vez la atención de los primeros poetas de Francia, citando á Cauterets y sus alrededores, como el país de los poetas y de los amores.

Cauterets durante el invierno representa en su agreste paisaje la poesía épica; sus desnudos picachos, sus grandiosas montañas azotadas de continuo por el aquilon, y sus copiosas cascadas, le dan un aspecto tan sublime que elevan el espí-



RUINAS DE POMPEYA.

ritu de quien en lo crudo del invierno contempla su paisaje.

Llega la primavera, y Cauterets representa la poesía del sentimiento; lo agreste del país se convierte en un hermoso panorama. El ruido de las cascadas se dulcifica, el rebramar del aquilon se sustituye por el blando susurro de las brisas, y la soledad de Cauterets se convierte en la alegre algazara de los miles de bañistas que acuden á recobrar su salud con la benéfica influencia de las caudalosas corrientes de aguas sulfurosas y salinas, que salpican los Altos Pirineos.

REVISTA DE LA SEMANA.

La semana pasada, más que semana, debió haberse llamado *chicharrero*.

Fuego por todas partes es lo que hemos experimentado en sus siete días: ni una nube, ¡señor! ni una gota de agua, ni un poco de aire; nada, nada absolutamente ha venido á refrescarnos en las largas horas de calor que atravesamos. Fuego, fuego y nada más que fuego; por las noches las campanas con su precipitado tan.... tan.... nos han anunciado que más de una casa se quemaba; por el día, el sudor, las moscas, la quietud de la cortina ó la inmovilidad de la persiana, nos daban á entender que por fuera el sol era capaz de abrasar á todo el que osase salir fuera de su casa. Con tanto calor anda la humanidad hecha una lástima; hoy no se sabe más que sudar. Se pregunta á un individuo ¿qué hace V.? y de seguro contesta, nada. Nada se puede hacer, en efecto, en la época que atravesamos; se siente una pereza y una languidez, y una soñera, y una.... ¿qué, vamos! á cualquiera le quita la gana hasta de moverse; hoy no se hace más que *soplur*: ¡uff! ¿qué calor! es la única palabra que por doquier se oye; sale uno á la calle y ya no le preguntan el consabido y misterioso ¿qué hay? ni le cuentan historias de la Exposición, ni dramas de Méjico, ni nadie se ocupa de los discursos de Thiers, ni de Julio Favre; hasta por no ocuparse les diré á ustedes que en toda la semana no se ha dado ningún navajazo, ni ha entrado ningún madrileño en la cárcel por romper á su costilla la que á él le falta.

Todo sér que se encuentra con unos cuartos, un primo que pague, una firma admisible, una trampa en lo tananza ó un empréstito en bonanza, prepara á toda prisa las maletas y emprende la marcha. Deva, San Sebastian, Biarritz, Pinto y Valdemoro, estarán á estas horas más concurridos, que procesion en Semana Santa.

La moda señala su imperioso «*allí*» marcando con su capichoso dedo las estaciones de las vías férreas; sus fallos son irrevocables; *allí* dijo, y *allí* va todo el que puede.

Después que la moda ha recorrido con su mirada los extramuros de la capital, tiende sus caprichos por estas interioridades, dejando por doquier muestras de su poderío.

Los lunes del Circo del Príncipe Alfonso, los conciertos de Barbieri, los cruzamientos de brazos de las niñas bonitas y el salon del Prado, prueban, hasta la pared de enfrente, lo que dejamos dicho.

Antes al Príncipe Alfonso iba V. ó yo, cuando nos parecía; pues ahora, no, señor; ahora hay que ir los lunes. Una noche á la señorita moda le dió el caprichito; se puso su traje de más picos, escotó sus hombros, los adornó de brillantes, y dijo.—*¡alá voy yo!*—á los dos lunes carretelas, glaseadas faldas, guantes blancos, *fragués* negros, y alguno que otro de color de ala de mosca, por efecto de las circunstancias que atravesamos, recorren sin cesar los frescos jardines de Reco-

tos, y los no ménos frescos pasillos del elegante Circo del Príncipe Alfonso. Pasa la noche del lunes, y todas las demás noches de la semana, son *cursis*. El *espric* de la gente de los *dengues*, el *sic* de los pollos de americana y *cesto*, y el *esport* del banquero, de blanco chaleco y abultada tripa, desaparecen por el carrillado hortera de la calle de Postas, por la ligera bailarina de Capellanes, y por los papás de modesta fortuna y dilatada prole, que van á solazarse con las piruetas de los clowns.

El verano pasado, el salon del Prado, sólo era recorrido por alguno que otro *abatido* que buscaba entre el susurro de la fuente de las Cuatro Estaciones, consuelo á sus aficciones; este año, por otro capricho de la moda, es el sitio que por las noches frecuentan las ellas, y por consiguiente los ellos; antes el sexo bello, llevaba las manitas recogiendo la falda ó enredando con el abanico; pues hoy, no, señor; hoy la moda, cual una gruñona maestra que coje la caña, empuña su cetro y dando en las hermosas cabezas de las madrileñas, les dijo: «*niñas, desde mañana, me habeis de pasear con los brazos cruzados,*» vino una y lo hizo; vierón las demás que de ese modo se aumentaba la esbeltez del cuerpo, la redondez de los hombros, la majestad en el conjunto, y hoy, muchas *ninfus*, recorren las menudas arenas del Prado con los brazos cruzados.

Los Campos Eliseos siguen estando desiertos cuando trabajan los hermanos Chiarini, y concurridísimos cuando un anaranjado cartel anuncia por esas esquinas de Dios el nombre de Barbieri. Yo no necesito mirar á los carteles para saber si hay ó nó concierto; me limito á subir ó á bajar á la Puerta del Sol, según que me pille en la calle de Alcalá ó en la del Arenal, y tender una mirada por la esplanada que se estiende frente al café Imperial: si oigo el alegre ¡al coche, al coche! si veo confusión de personas y de carruajes y si percibo algazara, conversaciones, risas y jolgorios, no pregunto más, monto en un ómnibus, apronto un real y entre el *ála* del mayoral, el chasquido del látigo y los dichos de mis compañeros, me dejo llevar á los jardines de los Campos en la seguridad de encontrar á Barbieri rodeado de su magnífica orquesta.

El teatro Chino sigue haciendo cosas, que todo podrán ser ménos chinas; el de verano recorre un buen repertorio de obras, y yo me voy á acostar que las tres de la mañana ya me parece es buena hora para que lo haga toda persona honrada.

J. Alvarez Guerra.

EL PERO DE SOFIA.

(Conclusion.)

IX.

Cuando volví al dormitorio donde Sofia tenia la cama de su favorito, la encontré llorando y besándole con efusion.

—*Consuélate*, la dije; el albeitar acaba de decirme que aún hay esperanza.

Sofia continuó llorando.

En esto llegó el criado con el medicamento propinado, que era un líquido aceitoso.

—De esto mandó que le diéramos dos cucharadas cada media hora; vamos á darle las dos primeras, dijo Sofia.

Y cogió una cuchara, la llenó de aquel líquido y me ordenó que abriese la boca al enfermo, lo cual hice no sin gran trabajo.

Pero cuando ya ella se disponia á introducir en la boca del animal el medicamento y yo estaba separándole las quijadas con gran peligro mió, dióle al señor Fausto la peregrina idea de

juntarlas sin avisarme, dejando entre sus agudos dientes mis pobres dedos.

—¡Ay! exclamé.

Y cuanto más tiraba, más oprimia Fausto.

—¡Torpe! dijo Sofia dirigiéndose á mí, me ha hecho V. derramar el medicamento....

Por fin Fausto soltó, y logramos que tragase el aceitoso líquido. Mis dedos estaban ensangrentados, pero Sofia no reparaba en ello; toda su atención estaba fija en el animal, que empeoraba visiblemente.

Y yo, con franqueza lo digo, tenia miedo, no cesaba de mirar mis dedos llenos de mordeduras.

—¡Si estará Fausto rabioso, decia para mí, y me hará rabiar más de lo que he rabiado por él?...

Esta idea me ponía los pelos de punta y por cada uno de ellos asomaba una gota de sudor frío.

X.

Aquella noche abandoné muy tarde la casa de Sofia.

El estado del enfermo, según el albeitar, continuaba siendo muy peligroso.

Yo, que no habia parado en todo el día de ir y venir á la botica, á la droguería, al café, para traer hielo que recetó el veterinario, y á cien sitios más, apenas me acosté quedé profundamente dormido.

Y soñé con municipales y con moreillas de estrignina. Vi á Fausto salir de casa sin bozal y lanzarse sobre uno de aquellos embutidos, destrozarlo ansiosamente y comerlo. Y después le ví estremecerse en la agonía y escuché su aullido lastimero, más grato para mí que la voz de Tamberlik ó de Moriani. Después no se oyó nada más, y mis ojos contemplaron en medio del arroyo á Fausto patas arriba, con la tripa hinchada y el hocico abierto.

Y ví á Sofia que le miraba desde el balcon á mi lado, y la oí decirme con voz tranquila de dulce resignación:

—¡Cómo ha de ser! Desde hoy será para tí sólo el amor que antes gozábais los dos.

Al oír esto, di un grito de admiración y de alegría y me desperté.

¡Oh realidad funesta!

Vestíme apresuradamente, y una hora después, á las diez de la mañana, entré en casa de Sofia.

¡Fausto estaba fuera de peligro!

¡Si seria yo desgraciado en aquella época!....

XI.

La convalecencia fué ligerísima, y gracias á los cotidianos paseos que le hacíamos dar, al cabo de una semana, se hallaba el animalito, en el mismo estado que la noche en que se atiforró de pastillas de la Mahonesa.

Ya comprenderán VV. lo agradable de aquellos paseos dados exclusivamente para que Fausto hiciera ejercicio.

A cada momento nos parábamos, porque el animal se detenía á saludar, del modo que nadie ignora, á otros seres de su misma especie.

Una tarde se le ocurrió á un chicuelo arrojar una piedra que vino á caer precisamente sobre Fausto.

Sonaron á un tiempo un aullido y un grito.

Ustedes creerán que el grito fué de Sofia y el aullido del perro, pues nó, señores, el grito fué del perro y el aullido de Sofia.

Sí, aquella mujer, aulló de rabia al ver maltratado á su favorito, y exclamó ¡dirigiéndose á mí!

—¡Dá un puntapié á ese pillastre!

Y yo eché á correr tras él, que corria como una liebre y aún no habia logrado alcanzarle, cuando me detuvieron unas mujeres para pregun-

tarme que por qué pegaba al chico y que lástima de otro que me pegara á mí, y no sé cuantas cosas más, y me ví expuesto á que me arañaran entre ocho ó diez de esas defensoras de niños ajenos, que dividen á los suyos á palos.

Cuando logré desprenderme de ellas, el chico habia desaparecido y Sofia tambien.

XII.

Pasó una semana, durante la cual, nada digno de contarse ocurrió entre Sofia el perro y yo.

Pero aún me estaba reservada la gran desgracia y estalló por fin.

Una mañana, Sofia no fué como de costumbre, despertada por el perro. Levántose intranquila, fué á la cama del animal y no estaba allí; recorrió más inquieta ya, toda la casa y no le encontró tampoco, preguntó á los criados y dijeron todos que no le habian visto, vió despues á la portera y ésta le contestó que no le habia visto salir tampoco, y por fin un vecino llegó á dar á Sofia el golpe mortal, diciéndola que él habia encontrado á Fausto en la calle, siguiendo á una perra, que por lo visto no le disgustaba.

Cuando yo llegué á casa de Sofia, la encontré medio loca, me refirió entre sollozos lo ocurrido, quise consolarla y me rechazó iracunda, y por fin, se empeño en que yo habia de salir por esas calles de Dios, en busca de Fausto y que si volvía sin él no pensara en verla mas.

—¿Y por qué no hemos de anunciar su pérdida en el *Diario de Avisos*? La pregunté.

—¡Ni aún eso se me habia ocurrido! Esclamó; ¡si estoy local!

En su vida habia dicho una verdad más grande.

XIII.

Me dispuse á escribir el suelto, anunciando la pérdida del animal; pero, la verdad, no recordaba ninguna de sus señas particulares.

Admiro á esos que pierden un perro y al anunciarlo, recuerdan que tenia un lunar blanco sobre pelo gris, dos milímetros más arriba del rabo.

—Hay que poner sus señas, dije á Sofia, y tú sabrás mejor que yo cuáles eran. ¿Qué pongo?

—¿Qué has de poner? Se ha perdido el perro más mono de todo el universo.

—Por Dios, mujer, eso no puede ponerse, me atreví á replicar.

Sofia sollozaba.

Por fin me fué indicando las señas particulares de Fausto, sin olvidar ni siquiera un pequeño punto blanco que tenia junto al nacimiento de la oreja izquierda.

El anuncio principiaba con este llamativo renglon:

OCHO MIL REALES DE HALLAZGO.....

Pero á pesar de toda la publicidad que se le dió, á pesar de que á todos mis amigos gacetilleros les hice rogar en sus periódicos respectivos á la persona que hubiese encontrado á Fausto que le presentara en tal calle, casa número tantos, pasó un mes y otro, y el perro no parecia.

XIV.

Y no estrañen VV., ese interés que yo me tomaba en que pareciese el animal, porque desde el momento de su desaparicion púsose Sofia tan mala, que el médico desesperó de salvarla.

El tiempo, sin embargo, calmó un tanto el dolor de aquella sensibilísima mujer; pero quedó presa de tal melancolía que con nada se lograba distraerla.

Me insultaba continuamente, llamándome mal caballero porque no conseguia encontrar á Fausto, y sólo á fuerza de fuerzas logré disuadirla de

la idea de que era yo el raptor de su animal favorito.

Yo creo que siempre en el fondo de su alma quedaba algo de sospecha, y por eso tal vez habia pronunciado estas horrendas palabras:

—No piense V. en que vuelva á decirle que le quiero hasta que Fausto esté otra vez á mi lado.

XV.

Tres meses habian trascurrido.

Una tarde del mes de Abril paseaba yo con Sofia por el Campo del Moro, hablando, como siempre, de Fausto.

De pronto Sofia lanzó un grito y se desmayó.

Miré en torno mio, y no ví cosa digna de ocasionar semejante desvanecimiento; pero de pronto reparé en una señora muy gorda con un caballero, y ví que ella conducia en sus brazos á un perro, á Fausto, en fin, adornado con un brillante collar lleno de esponjadas escarapelas.

Afortunadamente, los desmayos de las mujeres duran muy poco tiempo. Sofia volvió en el perro, porque no volvió en sí, pues fuera de sí se encontraba desde que fijó sus ojos en Fausto, y aún hubo tiempo de detener al matrimonio, feliz poseedor de aquel animal tan dichoso.

Nos acercamos á los dos propietarios de Fausto y les hicimos presente que aquel perro habia pertenecido á Sofia, cosa que nadie hubiera dicho, porque el maldito animal era tan ingrato, que hizo que no nos conocia.

Sofia empezó por exigir la devolucion del perro; pero al ver que se negaban marido y mujer diciendo que lo habian comprado, y que por consecuencia eran sus dueños legítimos, rogó y suplicó, consiguiendo con súplicas y ruegos lo que con exigencias y amenazas.

Repáren VV., dije á la nueva dueña de Fausto, que segun nos dijo se llamaba ya Lindoro, repare V. en que esta señora está enferma del sentimiento de haber perdido á ese animal.

—Pues amigo mio, replicó ella, sepa V. que es tal mi capricho por este animalito, que antes me separaría,—¿de quién diré yo?—De mi esposo, que de él.

Esto no lo estrañé, porque el esposo de la dueña de Fausto era más feo que éste.

—Pues dispense V. que la diga, repliqué, que es un capricho inconcebible en V., y una falta de consideracion y hasta un abuso.....

—Caballero, exclamó con voz de trueno el marido, que tenia trazas de militar retirado, está usted insultando á mi señora y eso no lo resisto.

No se nos antoja dar á VV. el perro, y se concluyó.

Esto dicho, continuaron su marcha interrumpida.

—¿Pero qué haces? exclamó Sofia viéndoles marchar. ¿Qué se llevan á Fausto!...

—¿Y qué voy á hacer yo?

—Recobrarlo á todo trance, si tiene V. dignidad, dijo dramáticamente mi tirana.

—Caballero, caballero, grité exaltado por las palabras de Sofia.

El caballero y la señora gorda, se pararon.

—Sepa V., dije, que estoy decidido á recobrar á todo trance ese animal.

—El animal es V., gritó con voz cavernosa, el caballero.

Escuso decir á VV. lo que pasó.

—¡Pum!!!

Sonó una bofetada.

Y luego otra, y otra despues.

XVI.

Aquella noche la pasé arreglando el equipaje para el otro mundo.

El resultado de aquella *cachetina* al aire libre,

habia sido un desafio: la consecuencia seria un duelo, el fin, acaso una muerte.

Y yo no me habia batido nunca: ¡qué horror!... y ¡qué miedo!

Sofia habia pronunciado estas palabras:

—No piense V. en volver á esta casa si no me trae á Fausto. Ya es cuestion de dignidad más que de capricho.

Y habíamos convenido en que el duelo seria á primera sangre, y que el que tuviese la desgracia de ser herido tendria tambien la de perder el perro.

A mí un sudor se me iba y otro se me venia, cuando pensaba en que á la madrugada me encontraria frente á aquel señor, pistola en mano y medio muerto del susto.

¡Qué noche! No la olvidaré nunca.

XVII.

Por fin amaneció. Oí rodar un coche, acercarse á mi casa, y parar por fin.

Era mi padrino, que venia á buscarme.

Yo habia elegido para ese cargo á un militar á quien apenas conocia, pero que se empeño en ser padrino mio, y no tuve otro recurso que admitirle.

Entré en el coche, más muerto que vivo.

—¿Qué tal se siente V.? Me preguntó.

—¡Perfectamente, contesté!

—Para estos casos lo más necesario es serenidad, dijo, yo me he batido ocho veces y he salido bien de ellas, seis. Las restantes sólo he recibido algun rasguño ó herida de poca gravedad.

Aquella conversacion de heridas y rasguños me hacia poquísima gracia.

Por fin llegamos al sitio, en el cual temia yo que me dejase el dueño de Fausto, que ya hacia una hora que nos esperaba con su padrino.

De pronto no pude reprimir un grito de admiracion.

¿A qué no se figuran VV. quién estaba tambien allí?

¡La esposa de mi contrario, con el perro en brazos!

—Ahora veremos, caballero, me dijo, para quien es Lindoro; temo que aquella señora no vá á quedar muy satisfecha.

—¡V. aquí! Esclamé.

—Yo no abandono nunca á mi esposo en estos lances. Cuarenta y cuatro ha tenido desde que nos casamos, y no he faltado á ninguno. Es muy agradable ver los triunfos de la persona que nos da su nombre y su honor.

¡Cuarenta y cuatro desafios! Al oírlo me conté entre los muertos.

Los padrinos arreglaron todo lo necesario para el acto fatal. En tanto Fausto dormitaba en brazos de su segunda dueña.

XVIII.

Habia llegado el momento.

Yo me encontraba esperando el tiro de mi contrario que debia disparar primero.

Su esposa á poca distancia de él, sentada sobre la yerba, nos miraba con serenidad, teniendo en brazos al perro, causa de todas mis desventuras.

De pronto ¡plum!—sonó el tiro y mi sombrero fué á dar no sé dónde, atravesado por la bala.

Yo inmediatamente, horrorizado, sin saber lo que hacia, volví la cabeza, estendí el brazo, oprimí el gatillo y sonó la horrible detonacion.

Tres gritos, casi simultáneos, me helaron la sangre de las venas. No quise mirar al sitio de la catástrofe.

—Dios mio, Dios mio, decia sollozando la señora de mi contrario, qué desgracia tan horrible, esto ha sido intencionado.

—Nó, señora, dijeron los dos padrinos, ha sido casual.



LOS IMPUESTOS EN MARRUECOS.



ALEGORIA DE LAS RELIGIONES DE ORIENTE.

¡Entonces miré!

Fausto yacía ensangrentado, completamente inmóvil, á dos pasos del sitio donde su amo se hallaba antes colocado.

Al oír el primer tiro, había saltado desde los brazos de su ama, y fué precisamente á servirme de blanco.

Muerto el perro, se acabó la rabia; muerto Fausto, acabóse la cuestión. Los padrinos lograron apaciguar á la desconsolada esposa de mi contrario, y yo volví á Madrid lleno de desesperación. ¿Cómo presentarme á Sofía? ¿Cómo decirle la verdad del caso?

Por fin me decidí á escribirla una carta y esperé con ansia su contestación.

Esta fué breve.

«Es V. un infame: no se presente más ante mi vista.

SOFÍA.»

Volví á escribirla una y cien veces, fui á su casa, todo fué en vano.

Algunos meses han pasado ya desde el día del duelo y aún no la he visto.

EPILOGO.

Acaban de decirme, que quien ha consolado á Sofía, de la pérdida de Fausto, es un joven muy rico, de esos que ocupan la vida en no hacer nada.

Está visto: las mujeres no viven satisfechas sino sustituyen á un animal con otro.

M. Ramos Carrion.

RODRIGO DIAZ DE GAONA.

LEYENDA HISTÓRICA

POR JOSÉ M. VALLEJO.

Al Excmo. Sr. D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria.

En prueba de admiración y respeto,

EL AUTOR.

INTRODUCCION.

No con mi doliente lira cantar amores pretendo; no voy á llorar pesares, ni á reflejar en mis versos los quebrantos que me abruman, los dolores que padezco; voy á cantar de mi patria los siempre gloriosos hechos. Déjame, dolor, que ahora te olvide por un momento; que tiempo tienes de sobra para atormentarme luego: y es una deuda sagrada la que con mi patria tengo. Déjame, deja que diga á los siglos venideros que hubo un día en que mi patria la luz del sol absorbiendo; apenas le daba espacio para iluminar su suelo. ¡Oh! Grande fué su destino, grandes sus nobles guerreros, grandes sus hermosas damas, y grande también su pueblo; que España es el noble asilo del valor y del ingenio. Si yo con mi voz pudiera imitar el ronco estruendo de la bravia pelea

y del combate sangriento; yo cantara en Covadonga, yo á las márgenes del Ebro combatiría en Clavijo contra el pendon agareno; yo en las Navas de Tolosa, en Tarifa y en Toledo, os enseñara la sangre de los moros escarmiento; yo, do quiera que pisara, encontraría un recuerdo que en mi patria, el bosque umbrío, el monte, el valle, el recuesto, son otras tantas señales de nuestros gloriosos hechos. Pero yo sé que estas glorias son más grandes que mi génio, y únicamente una deuda pagar á mi patria debo. Deja, pues, dolor que ahora te olvide por un momento; déjame, deja que diga á los siglos venideros que hubo un día en que mi patria la luz del sol absorbiendo, apenas le daba espacio para iluminar su suelo; y que allá, junto á Cantabria y en las márgenes del Ebro, Rodrigo Diaz Gaona, el valiente Comunero, dió á su patria gloria y nombre y á Francia dió llanto y duelo.

I.

De Villalar en los campos vencida la enseña santa que en defensa de sus fueros los españoles alzarán; roto para siempre el templo de la libertad sagrada, el velo del despotismo tendióse sobre mi patria. En vano se alzó Toledo contra el Austriaco Monarca, en vano á mil pechos nobles dieron tumba sus murallas; que más que todas fulgente brilló la estrella del de Austria y sobre el Castillo Ibéro debía cernerse el águila. Permitidme que un momento mire tan sangrienta página; permitidme que recuerde, llena de placer el alma, los nombres de los que fueron víctimas de la venganza. Don Juan, Bravo, Maldonado, yo envidio el golpe del hacha y el afrentoso cadalso, corona de vuestra fama. Yo anhelo vuestro martirio hecho en afrentosa plaza; que si el castigo deshonor es porque un crimen señala, mas la sangre de los buenos, si alguna vez se derrama, en vez de ser turbio velo, en vez de ser negra mancha; es sávia que fecundiza la misma tierra que baña. ¡Feliz quien muere en suplicio si muere en él por su patria! Felices Bravo y Padilla en medio de su desgracia, porque al ménos, con su muerte fama de buenos alcanzan, y su recuerdo es bendito, y su memoria es sagrada.

¡Felices ellos! La Historia su nombre indeleble guarda. Mas ¡ay! cual ellos valiente, cual ellos noble y sin tacha, Rodrigo Diaz Gaona ni aún pudo lograr su fama. Y él también fué Comunero, y él enrojeció su espada, do quier ondeó la enseña que los pueblos tremolaran; y él, de Logroño en el puente, venció las francesas armas; hallando tumba del Ebro en las cristalinas aguas. Y su nombre está perdido, y él, autor de gloria tanta, vencedor de un gran ejército, conservador de una plaza, por un Rey, que ajeno al reino sus pueblos tiranizaba; él, que olvidándolo todo ante la invasión de Francia, sacrificó sus pasiones del pátrio amor en las aras; Él, sin honor ni memoria, yace del Ebro en las aguas.

II.

Guerras hace con la Francia Carlos quinto Emperador; guerras Francisco primero hace con el español; que los dos juzgan pequeño el mundo para los dos. Rivales son ambos Reyes en poder y en ambición, rivales en nacimiento en grandeza y esplendor; y por eso guerras hacen; guerras, cuyas armas son dos naciones poderosas iguales por su valor: mas que entre sí se destrozán, quizá porque plugo á Dios, que siempre paguen los pueblos las culpas de su señor. Guerras hacen los dos reinos y ya con Andrés de Fox el ejército francés el Pirene atravesó. Ya de Pamplona en los muros véese ondear vencedor el estandarte enemigo, de España para baldon. ¡Infeliz! Mientras sus hijos ardiendo en loco furor, fraticidas se destrozán: con ronco y bélico son á la pelea llamando suena el francés atambor. ¡Ay de España! El enemigo advirtió su situación, y su vista codiciosa sobre Logroño posó; sobre Logroño que duerme en brazos de la inacción. ¡Oh! Despierta, ciudad mia, mira que ya Andrés de Fox de Pamplona en son de guerra contra tus muros partió. Alerta, Logroño, alerta; tu ruina el francés juró, y ¡ay de tí, si no disipas de tu sueño el estupor!

(Se concluirá.)

NUESTROS GRABADOS.

El Kodja, recaudador de los impuestos en Marruecos.

El grabado que tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores en la página 76, representa el acto en que el encargado de cobrar las contribuciones en Marruecos, ejerce sus funciones. Los que tienen estos cargos se llaman Kodjas, y son altos dignatarios de Palacio. Cada Kodja tiene la obligación de recorrer todo el territorio que le corresponde, leyendo á voz de pregon en las villas y ciudades, la cantidad que cada uno de sus habitantes ha de pagar.

Van acompañados de un tesorero, un guarda de numerario, varios esclavos y algunos moros de Rey. Estos son muy temidos en todo el imperio, y merced á ellos, se puede realizar el cobro. Cuando las necesidades se extienden por una villa al llegar la época del pago, suelen sus moradores huir á las montañas, desde donde sostienen terribles luchas con los moros de Rey. El cobro de la contribucion origina no pocos disgustos á los Kodjas.

* *

La lámina que llena la página 77, representa en un Santon las religiones de Oriente. El fanatismo de estos pueblos ha creado ese semi-Dios, llamado Santon, que veneran y respetan en alto grado los orientales. El Santon aviva con los misterios de que se rodea, las fórmulas que usa y la doctrina que explica el espíritu de los hijos del Oriente. Estos, fanáticos, en lo sumo, creen cuanto les dicen. El Koran, su libro sagrado, es interpretado por aquellos sacerdotes, que se esfuerzan en avivar su sensualismo con las descripciones de los siete cielos, que su gran profeta Mahoma ofrece á los que mueren siendo buenos creyentes. El Santon conoce perfectamente el espíritu del pueblo á quien predica, y con arreglo á las circunstancias, así lo sujeta. La última guerra que tuvimos con Marruecos, fué testigo de la gran influencia que los Santones ejercen sobre los moros. Muchos de los cadáveres que se dejaron en el campo tenían la boca entreabierta, marcándose en ella una sonrisa, que ni la impresión de la bala enemiga, ni el último aliento de su vida pudieron borrar de los inanimados restos del que en vida peñó con la esperanza de saborear los divinos deleites que Mahoma ofreció á los que mueren en el Señor. La descripción de sus siete cielos prueba la imaginación del que los escribió y la poesía del pueblo en que nació.

En su sétimo cielo, dice, se encuentra un grandioso granado, cuyos frutos son pepitas que guardan hermosísimas *huries*, prontas á libar el placer á los hijos de Mahoma. Las *huries* son de varios colores, blancas, verdes y amarillas; al pié del granado corre un río de rica Ambrosía, néctar de los dioses; y dichas *huries*, dice Mahoma, tienen una saliba que con sólo caer una gota en el mar, lo convertiría en un dulce tan agradable como jamás los mortales probaron; la descripción del sétimo cielo retrata la poesía del Oriente.

* *

La lámina que nuestros lectores verán en la primera plana, representa un cuadro tomado de las ruinas de Pompeya, ciudad que largos años permaneció sepultada entre las frias cenizas de los volcanes de Italia. Las continuas escavaciones que se vienen haciendo, han dado buenos resultados, encontrándose preciosidades de arte.

* *

La riqueza y la suntuosidad de los bailes que se han dado en Francia, en honor de los augustos

huéspedes, que con motivo de la Exposición ha tenido, la podrá ver el público en la lámina que lleva la última plana de nuestro número. El dibujo que ofrecemos, está tomado del salón de verano que tiene el *Hotel de Ville*, en la noche que para obsequiar al soberano de Prusia, se dió un baile, al que asistió lo más elegante y selecto de el vecino Imperio.

EN LA PLAYA.

(Cantilena.)

Triste en la estensa playa
La mar contemplo,
Perdiéndose mi vista
Sobre su espejo.

En vaiven continuado
Bullen las olas:
Unas con él se alejan
Y vuelven otras.

Ellas gimen muriendo
Sobre la playa,
Yo suspiro por ellas
Al contemplarlas,

Que veo en las azules
Olas del mar,
Mentidas ilusiones
En las que vienen,
Y esperanzas perdidas
En las que van.

Golondrinas errantes
Parten veloces,
Para buscar el nido
De sus amores.

Ligeras gaviotas
A tierra vuelven,
En vuelo apresurado
Cruzando el éter.
¡Por qué yo que las miro
Desde la playa,
Este dolor profundo
Siento al mirarlas?

¡Ay! Porque veo en esas
Aves del mar,
Mentidas ilusiones
En las que vienen,
Y esperanzas perdidas
En las que van.

Hincha el viento la lona,
Muévase el remo:
Ya se aleja la nave,
¡Ya no la veo!
Allá en el horizonte
Sobre la bruma,
De otra vela el contorno
La luz dibuja.

Suspiro por la nave
Que se ha alejado,
Y suspiro por esa
Que va arribando,

Porque son á mis ojos
Hendiendo el mar,
¡Mentidas ilusiones
Las que se vienen,
Y esperanzas perdidas
Las que se van!

M. R. C.

Solucion á la Charada del número 9.º

CHAPALANGARRA.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda
usan los curas en Misa,
y sin que toquen á ella
no hay ninguno que la diga.

Mi tercera y mi segunda
es nombre de una semilla,
que tiene lo que los sables,
y es muy usada en Galicia.

Mi segunda con mi cuarta
un blanco liquido cria,
al cual nunca ví yo moro
porque siempre le bautizan.

De viaje cuarta y segunda
ví que llevaba ayer Luisa;
y segunda con primera
á un ídolo se apellida.

Y mi todo, lector caro,
con motivo de sus dias
en la verbena del Cármen
compré para mi modista.

Continúan los nombres de los señores que han remitido la solución á la Charada inserta en el número 8.º

Doña Fanny Diaz, de Palencia.—Una tonta, de Madrid.—Don Joaquin del Alcázar.—Pedro Diez y uny.—Eduardo Montesinos, de Sevilla.—Alejandro Lacalle y Garcia, de Haro. S. Cid, de Avila.—Valero de Villanueva, de S. Sebastian.—Angel Maria Romero de Don Benito.—Rafael del Conde, de Madrid.—Agustin Guajardo y Torres, de Sevilla.—Endaldo Bastar, de Barcelona.—El rubio.—C. Ortenbach, de Barcelona.—José Gonzalez Vallaga, de San Lúcar de Barrameda.—Pedro Niño Gonzalez, de Valladolid.—José Bon, de Gerona.

Han remitido la solución á la Charada inserta en el número 9.º, los señores siguientes:

Don Miguel Caeel, de Talavera.—Doña Dominga Corote, de Madrid.—Dolores Montaner, de id.—D. Felipe Castillo Coarrasa, de id.—Manucho, de id.—Mannel de Guadarrama.—José Cantanleña y Pendiente.—V. G. B.—Feliciano Seliz Flor, de Puebla de Almoradiel.

Solucion del Jeroglífico del número 9.º

De día en día aumentan los lectores de EL SIGLO ILUSTRADO.

Han remitido la solución al Jeroglífico inserto en el número 9.º, los señores siguientes:

Don Proto Billabar y Llano, de Tarragona.—Doña Dolores Montaner, de Madrid.—V. G. B.

CORRESPONDENCIA.

P. V. O., de Linares.—Queda V. suscrito por 3 meses.
P. T. G., de id.—Id. id. id. por 6 id.
J. S., de San Feliu de Guixols.—id. por 3 id.
S. S., de Pierola.—Id. id. id.
J. G., de San Fernando.—Quedan hechas á su nombre dos suscripciones de 6 meses, y una de 3 id.
B. G., de Aramayona.—Queda V. suscrito por 6 meses.
Sres. P. M. y Comp.ª, de Barcelona.—Sirvanse VV. indicarnos sus señas.
M. C., de San Lúcar de Barrameda.—Queda V. suscrito por 6 meses.
D. E., de Huesca.—Id. id.
D. S. G., de Linares.—Id. id.
E. G., de id.—Id. id.
G. S., de id.—Id. id.
V. P., de Gualsa.—Idem por un mes.
L. de C., de Elorrio.—Idem por 6 meses.
J. S., de Valencia.—Idem por 3 meses.
S. M., de id.—Idem por id.

Editor responsable, Julio Baron.

MADRID.—1867.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE EL SAINETE,
á cargo de M. Clarós, Zurita, 45, bajo.



GRAN BAILE DADO EN EL HOTEL DE VILLE, EN HONOR DE LOS HUESPEDES DE LA FRANCIA.